

# CRÍTICA: "La guerra empieza en Cuba", de Víctor Ruiz Iriarte, en el Reina Victoria

QUE representa esta obra en el conjunto de la labor teatral de Ruiz Iriarte? Por lo pronto —y si hemos de juzgar por la acogida que tuvo anoche— su éxito de público más importante. Los espectadores celebraron situaciones, aplaudieron réplicas y mutis, rieron larga y espontáneamente y tributaron cálidas ovaciones al comediógrafo y a sus intérpretes.

Desde otro ángulo, «La guerra empieza en Cuba» significa un cierto cambio de rumbo en el estilo dramático de Ruiz Iriarte. No hay en la pieza aquella constante derivación hacia el mundo del ensueño que constituía hasta ahora una de las características más constantes y visibles del autor. Pasa a primer plano una intención satírica que toma como blanco las costumbres provincianas de fines de siglo, lo que parece inscribirse en una tendencia general de nuestro teatro moderno. (Neville, en «El baile», con sólido espíritu poético; Mihura, en «Sublime decisión», con extraordinario vigor crítico y cómico, sin contar algunas reposiciones —los Quintero, Benavente, Enrique Gaspar— que fueron acogidas por el público en esa misma línea de reacción a una realidad social pasada). Pero el acierto máximo de Ruiz Iriarte consistió en una sabia dosificación de los elementos sentimentales y satíricos, que hizo posible la existencia de una pieza equilibrada y operante. Hay en «La guerra empieza en Cuba» un auténtico juego de situaciones, de tal modo, que el espectador se siente estimulado por un panorama cambiante, calidoscópico. El tema del personaje doble ha sido utilizado por Ruiz Iriarte para plantear un conflicto entre las buenas y las malas costumbres, entre la severidad (oscurantismo hubieran dicho los «elementos avanzados» de hace medio siglo) y el impudor social. Pero en realidad, el «doble» de la señora gobernadora, mujer temible por su sentido del mando, es una hermana gemela, cuya aparición hace estallar por las costuras la rígida vida provinciana en cuyo fondo yacen, esperando el momento de la liberación, algunos divertidos personajes. Y esta señora gobernadora es quien se adelanta a una posible suplantación de personalidad, por sólo veinticuatro horas, suplantándose a sí misma, es decir, adoptando el estilo vital de la recién llegada. Y aquí el autor da otro oportuno golpe de timón, y se saca de la manga un feliz desenlace.

## EL DUETO FEMENINO

Se trata de una farsa desarrollada con mucho talento dramático. No es pequeña muestra de ello lograr que los espectadores se regocijen, rían y aplaudan constantemente. Entre los grandes aciertos de la pieza figura la inclusión de un dueto femenino —incorporado por Gracita Morales y Lolita Gómez—, que se produce intermitentemente en forma de comentario caricaturesco. La pareja actúa como estribillo de copla, y a medida que avanza en el número de intervenciones, mayor es su comicidad. El dueto fué aplaudido en un mutis, como también lo fué Miguel Angel en otro. Sería difícil enumerar ahora las manifestaciones de entusiasmo dadas por los espectadores a lo largo de la representación, pero con lo dicho debe entender el lector que el éxito fué total y para todos.

Tina Gascó hizo dos papeles distintos y aun radicalmente opuestos, y superó la prueba con su reconocida ductilidad. Luisa Rodrigo, siempre tan graciosa, forzó sus propios recursos y se mostró a gran altura. María Luisa Ponte y Ana de Leyva completaron el reparto femenino —ya quedan citadas Gracita Morales y Lolita Gómez— con pleno acierto. En el reparto masculino, Bódalo nos pareció mejor actor que nunca. Su naturalidad, su dominio, su aplomo le permitieron bordar el personaje sin una sola exageración. Es obligación mencionar a Miguel Angel, cuyo breve papel no le impidió hacerse notar rápidamente, y a Julio Sanjuán, que es el intérprete al que nunca hemos visto fallar.

La obra, puesta con lujo y gran propiedad, encontró en Burgos el decorador y figurinista insustituible.

Todo indica, pues, que «La guerra empieza en Cuba» ha fijado su residencia en el Reina Victoria para mucho tiempo.

Ruiz Iriarte no salió a recibir los aplausos hasta que terminó la comedia, a pesar de que había sido llamado insistentemente a escena al final de la primera parte. Pero su resistencia a comparecer hizo quizá que la ovación fuese luego mayor.

Adolfo PREGO